

EL "EMPEDRAMIENTO": UNA VENGANZA RITUAL DE LOS INDIOS NIVAKLÉ DEL CHACO.

Alfredo Tomasini*

En el volumen XVII de la revista *Anthropos*, correspondiente al año 1932, apareció, en el apartado *Analecta et Additamento*, un opúsculo del Padre Walter Vervoort OMI, un joven misionero que con el tiempo habría de convertirse en el primer Obispo del Vicariato Apostólico del Pilcomayo.

En ese trabajo, Vervoort bosquejó en breves y certeros trazos distintos aspectos de la religiosidad de los aborígenes sudamericanos que se autodenominan *Nivaklé*, a quienes Vervoort llamó por el nombre con que son más conocidos tanto en la literatura especializada, como en el lenguaje de la población europea y criolla de la región chaqueña, esto es, el de *Chulupíes*.

El 10 de febrero de 1929, a nuestro autor le fue dado presenciar una curiosa e impresionante ceremonia fúnebre que describió detalladamente, al sentido de la cual pretendemos aproximarnos en los párrafos que siguen. Hemos considerado conveniente incluir aquí una traducción libre del documento que nos legara Vervoort, en atención, por una parte, a la circunstancia de que el mismo es desconocido en lengua castellana, y por otra a que la minuciosidad del relato del autor nos exime de efectuarla por segunda vez:

En cuanto el enfermo ha fallecido, en la aldea comienza el gran lamento fúnebre, el jib-in = el gran llanto¹. Mientras los hombres permanecen sentados, mudos, o lloran entre sí en silencio, las mujeres y las muchachas llenan el aire con su desgarradora grito lamentosa. Ya desde varios kilómetros de la aldea se distingue el

* Museo de La Plata, Sección Etnografía. CONICET.

! La transcripción de las palabras propias de la lengua nivaklé ha sido efectuada por Vervoort de acuerdo con la fonética alemana.

lamento. Allí estolla repentinamente todo el salvajismo del pueblo. En todos los tonos de voz se grita y se llora, tan fuerte como la voz lo permite. Una docena de mujeres o más, las parientas más cercanas del muerto, rodean el cadáver, se arrojan sobre él, se me san los cabellos, y golpean con el muslo o con el pecho sobre el suelo o sobre el cadáver, se estiran hacia arriba, mientras los cabellos cuelgan salvajemente sobre el rostro, y baten palmas con los brazos estirados, mientras gritan salvajemente: "No tengo más hijo!" Se comportan como si estuvieran locos de dolor (...) El resto de la población permanece sentado delante o dentro de sus chozas, llorando en silencio o expresando su dolor del modo arriba descrito. Incluso en el camino que conduce a la aldea se encuentran mujeres, que vienen de traer agua o de recolectar frutos, y participan en el lamento. Este se repite cada mañana durante las primeras semanas, cuando comienza la alborada, y cada tarde entre las cuatro y las cinco horas. Los familiares del muerto, tanto varones como mujeres, se cortan muy cortos los cabellos en señal de luto aun que, por otra parte, el indio se enorgullece de la larga cabellera que adorna su cabeza. Incluso a los niños de pecho se les cortan los cabellos.

Casi inmediatamente después de producido el deceso -a menudo han transcurrido sólo unos pocos minutos- el muerto es sepultado. Se lo envuelve entonces en su chiripá y además se lo recubre con sus pieles de dormir, el bulto es colocado (al muerto se le disponen los brazos por encima del pecho, y se le levantan las rodillas tan alto como sea posible) en una bolsa de transporte. Una parienta carga con el atado, disponiendo la cuerda de transporte, como en todas las cargas, sobre la frente. El bulto cuelga sobre las espaldas, y entonces se dirigen hacia el lugar del entierro, que es un sitio claro en el mante. Sólo unas pocas acompañan al cadáver; los demás permanecen detrás y continúan el jib-in. Adelante marcha un hombre que porta una azoda. Una vez llegados al lugar del sepelio, enseguida se prepara la tumba: 100 a 150 cms. de largo y casi el mismo ancho, en dirección Este-Oeste. Cuando el pozo alcanzó la profundidad necesaria, de cerca de 100 cms, se coloca en su interior, en primer lugar, una carga de largos pastos. Encima se acomoda el bulto con el cadáver, con la cabeza, según lo observado hasta ahora, siempre en dirección al Este. Sobre el bulto se disponen varias matas de s-schujuk (uno de los pocos arbustos no espinosos del Chaco), y luego otra vez pasto. Después de esto la tumba vuelve a cerrarse y encima se coloca un montón de arbustos espinosos, verosímilmente para que los perros y los animales salvajes no desentierren el cadáver. En cuanto la inhumación ha concluido, todos abandonan el lugar silenciosamente, que a partir de entonces será evitado. La chozo que el muerto había habitado o construido es quemada; a veces incluso toda la aldea es abandonada y reconstruida a cierta distancia. Todo lo que había sido confeccionado por el muerto es quemado, al igual que los trapos que poseía. Incluso las perlas, lo más costoso que el indio posee, se tiran o se arrojan

a una laguna. Nadie vuelve a pronunciar el nombre del muerto, que ha sido eliminado del pensamiento de los vivos. Pero si se desea referirse a él, entonces se dice: El padre del Sandía, o el hijo del Chosone, y así por el estilo. De todos modos se evita la pronunciación del nombre, si se cree que el alma del difunto respectivo deambula por los alrededores.

Pero si el Tojeech tiene poder sobre el Zitschee ¿Por qué no lo ha alejado, evitando así la muerte? El 'médico interviniente' tiene una explicación para ello: 'Otro tiene la culpa, un Tojeech que quería el mal del muerto'. Y el 'sabio' conoce incluso al culpable. Se invoca la venganza de muchos Zitschee, para que lo atormenten hasta que muera. El conjuro se efectúa entonces sobre el cadáver mismo. Casualmente me fue dado presenciar uno de estos conjuros fúnebres, sin imaginar al comienzo lo que iba a suceder.

En enero de 1929 se había declarado la disentería en la Laguna Escalante; sobre todo los niños eran víctimas de la misma. En su mayoría sanaban pronto, después de haber recibido abundante medicación en la Misión del lugar. Solamente el estado de un muchacho y de una joven se agravó considerablemente. Los padres tomaron la decisión de llevar a la joven a un conocido Tojeech, a unos 25 Kilómetros de distancia, a pesar de la indicación en sentido contrario del Padre Breuer. La enferma murió al ser transportada. También el muchacho, de unos 14 años, murió en la mañana del 10 de febrero. Ya desde temprano resonaba el jib-in en la aldea cercana, en dirección a nosotras; yo fui inmediatamente hacia allá. Entre 20 y 30 mujeres y muchachas rodeaban al envuelto cadáver y expresaban su dolor salvaje del modo ya descrito. Más tarde, el cortejo fúnebre se puso en marcha. Poco antes de la partida el llanto se elevó casi hasta el frenesí, suplicándosele al muerto que permaneciera. Esta vez el cortejo estaba compuesto por seis mujeres. Con asombro observé que una de ellas arrastraba un perro tras de sí; otra llevaba pequeñas ramas secas, otra un recipiente de arcilla. En síntesis, estaba sucediendo algo poco frecuente. un hombre cavó sin demora la sepultura; mientras tanto aparecieron en el lugar unas doce hombres. Entances también se acarreó leña; en el lugar había además un tizón, y pronto ardió un pequeño fuego. El bulto fúnebre se encontraba junto a la fosa; las mujeres proseguían con el jib-in, mientras desde la aldea, a través del silencioso monte, resonaba horriblemente el griterío lamentoso de las mujeres indias. El tío del muchacha fallecido, con el cual había vivido (las dos se llamaban Sandía), trajo una pequeña piedra (en el Chaca no hay piedras, solamente algunos indios paseen una para producir fuego por percusión), la partió con un hacha y arrojó el trozo más grande al fuego. Una mujer trajo entances el recipiente de arcilla lleno de agua y la puso a hervir en el fuego. Cuatro hombres comenzaron a tallar puntas de flecha de madera dura, seca. Las alisaron con el trocito de piedra, las embadurnaron con cera y las clavaron en el suelo, junta al fuego, de modo tal que las lla-

mas las calentaron. También se calentaron en las llamas dos puntas de flecha de alambre. Otros trajeron arbustos verdes, algunos sin espinas, dos nidos de pájaro, un trozo de tuna con frutos verdes, y otro trajo el arco del muchacho, que quebró y arrojó al fuego. Cuando aún quedaban algunas hierbas en el lugar, todas las mujeres debieron abandonar el sitio, como así también los niños que se habían acercado sigilosamente, llevándose las bolsas de transporte y los cueros. Antes de irse, una de las mujeres echó algunos arbustos al fuego, mientras otra debió ser retirada por la fuerza, pues no quería separarse del cadáver. Un indio me pidió un cafetas para el muerto, para que muriera un indio desconocido para mí. Como respondí que no tenía ninguno; me rogó que le pidiera uno al jefe, el Padre Breuer. Envié entonces al indio a la Misión, para que también Breuer fuera testigo del extraño sepelio. Después, por indicación del Tojeech, los dos nidos de pájaro fueron arrojados a la tumba y machacados junto a la cabecera, se arrojó un puñado de tierra en el agua hirviendo y se revolvió, y además se sacó punto a algunos palos verdes. Ya habían concluido los preparativos, y aguardábamos en tensión los acontecimientos que habrían de sobrevenir. Sandía, el tío del muchacho, quien a partir de ese momento habría de ejecutar casi todas las prácticas, siguiendo indicaciones del Tojeech, se arrojó sobre el muerto empuñando un cuchillo, lo afiló contra otro, probó el filo, cortó un trozo de piel y de carne del muslo derecho (el muerto estaba acostado sobre su costado izquierdo) del tamaño de un puño, y lo asó en el fuego. Cuando el trozo de carne estuvo suficientemente asado, el indio lo ensartó en una punta de flecha y se lo arrojó al perro para que lo comiera. Fuera porque el perro tenía asco, o fuera porque estaba asustado a causa de los acontecimientos inusuales, no quería comerlo y tiraba de la cuerda para escapar. Inmediatamente algunos hombres se arrojaron sobre él, le abrieron la boca, le metieron dentro el trozo de carne, y durante un rato le mantuvieron la boca cerrada. Cuando finalmente lo soltaron, volvió a escupir el bocado, pero ya había saboreado la carne, y esta vez la comió, observado por los hombres. Apenas la hubo tragado, los hombres le gritaron a Sandía, quien entretanto se había acercado sigilosamente con un hacha: "tim: ;tragado!" Inmediatamente éste mató al perro con el lado plano del hacha. Luego le fueron destrozadas piernas y costillas con varios hachazos, y así lo dejaron.

Después de esta el indio tomó las hierbas y refregó con ellas el rostro del occiso. Luego las arrojó sobre el nido de pájaro en la sepultura. Después desfiguró el rostro del muerto arañándolo con los frutos de tuna, provistos de espinas, y también arrojó éstos a la tumba, entre imprecaciones salvajes. Frotó una nueva cuerda con las hojas del arbusto llamado s-chujuk e hizo un lazo en un extremo. Pero para el Tojeech el nudo no era lo suficientemente fuerte: lo deshizo y volvió a anudarlo con mayor firmeza. Se dispuso entonces el lazo en torno al cuello del muerto, y se tiró de él tan fuerte como fue posible. Los presentes aún gritaban: "Tira

fuerte, más fuerte!" El sedal fue pasado por el cuello dos veces más, después por debajo de los huecos poplíteos; las rodillas fueron elevadas casi hasta el mentón, y también fueron fuertemente anudadas. Después Sandía tomó las dos puntas de flecha de alambre y, rápido como el rayo, las clavó, entre imprecaciones, en el cuerpo muerto. Penetraron silbando y volvieron a salir por el otro lado; una pequeña nube de humo difundió el repugnante olor a carne quemada. El indio repitió la operación con varias puntas de flecha de madera. Luego tomó una rama verde hendida y con ella sujetó la piedra antedicha, que mientras tanta había sido calentada en el fuego. Nuevamente tomó su cuchillo, hizo un agujero en la muerta cadera e intradió la madera con la piedra caliente en el cuerpo. Nuevamente se expandió el repugnante olor a carne quemada. Con fanatismo salvaje saltó luego hacia el fuego, tomó las puntas de flecha, arrojó una hacia el Norte y la otra hacia el Oeste. "Wu-u-u-u," vibraron a través del aire, "Och surre," gritó el lanzador, y cuando alguna vibraba de modo particularmente profunda y fuerte, reía claramente. "¡Ho, Hahaha!" resonó entonces, atrozmente, a través del monte, acompañado por los salvajes "Ah hni-i-i" de los demás. Luego el Tojeech tomó un arbusto espinoso y azotó con toda su fuerza la espalda del cadáver. Inmediatamente acudieron dos ayudantes y arrojaron al muerto a la fosa. A causa de sus ataduras el cuerpo adquirió una posición acuclillada, y volvió a quedar acostado sobre su costado izquierdo, con la cabeza hacia el Este. El perro muerto fue arrojada encima y, lanzándolo con energía, Sandía destrozó el recipiente de cerámica lleno de barro contra la espalda del muerto. Nuevamente resonó un horrible llanto en el caro indígena. Luego se arrojaron encima los arbustos de s-chujuk, además de los palillos verdes afilados, y la fosa fue tapada como en cualquier otro entierro. ¿Por qué tado esto? El Tojeech afirmó que otro Tojeech, a muchos Kilómetros de distancia, había dado muerte al muchacha. Mediante estas ceremonias los indios pretendían enviar la muerte al culpable. Nosotros nos habíamos negado a dar cafetas al muerto, y debido a ello tuvieron que valerse de sus bárbaros medios. Afirmaron que años antes un Tojeech culpable falleció repentinamente después de un canjuro de la misma índole; también otro, después de que un blanco le dio cafetas al muerto. A veces un Tojeech al que le es atribuida la culpa en un caso de fallecimiento, es así víctima de la venganza de un deudo. Así, un Tojeech tuvo una disputa con otro indio en la aldea de Tofá-ei. Pocos días después el hijo del mismo enfermó y murió. El indio creyó que el Tojeech era el culpable, fue y lo mató de un disparo.

El asunto tendría aún otra consecuencia. Algunas noches después, en que reinaba una calma absoluta, se alzó un viento fuerte, que volvió a cesar de un modo igualmente repentino. Al día siguiente, algunos indios allegados nos contaron que el muerto había estado allí durante la noche, había venido en el golpe de viento; ahora el Tojeech moriría pronto. Y después, en tono susurrante: El exor-

cismo había valido a uno de los Tojees que habían colaborado en el entierro. Este había dado muerte a los dos niños. Después de aquella noche el pobre hombre ya no podrá dormir en paz.²

Hasta aquí alcanza lo visto y oído por Vervoort, en relación con la introducción en el cuerpo de un difunto del *utéx*³ y de la capacidad de éste de alcanzar y dar muerte al *tojéex*⁴ que ha sido el causante, por medio del envío de sus *tautoj*⁵ de la enfermedad y el deceso de aquél.

Hacia 1967, Fernando Pagés Larraya tuvo la oportunidad de observar una ceremonia fúnebre semejante a la registrada por Vervoort, entre los *Nivaklé* acampados en el Ingenio San Martín del Tabacal, en la Provincia argentina de Salta, durante una migración estacional motivada por la zafra de la caña de azúcar.

Pagés Larraya describió como sigue el ritual en cuestión: "El ritual funerario más complejo es el de *utenó*⁶, designado así en función de su aspecto más llamativo, tal es el poner una piedra calentada en el fuego, en el interior del cuerpo del muerto. Este ritual no es común, sino excepcional y se realiza cuando lo indica un *tojéex* de encumbrada fama.

Durante nuestra permanencia en el Ingenio San Martín del Tabacal murieron muchos chulupés, y sólo se realizó este tipo de ri-

2 Vervoort. 1932: 281-83.

3 *Utéx*: literalmente, piedra. En el diccionario *nivaklé* de Seelwische [297], se indica que *uteméech* es la designación de la persona que tiene poder sobre la piedra, es decir, la que sabe vengar la muerte de una persona, causada por un shamán. En el mismo lugar, está indicado que *utenó* se denomina al *tojéex* que sufre el daño por la piedra del *uteméech*. Los términos *nivaklé* del diccionario de Seelwische se encuentran transcritos según la fonética del castellano. Los términos transcritos por el autor corresponden a un alfabeto fonético que puede consultarse en: Tomasini: 1978/79: 91.

4 *Tojéex*: designación del shamán. La raíz del término es el verbo intransitivo *toj*, que significa saber, poder, tener conciencia, acordarse. Semánticamente, *tojéex* tendría el valor de "el que sabe-puede-ejecuta".

5 Las representaciones que en el lenguaje técnico de la etnología son llamadas "espíritus auxiliares" se designan, en lengua *nivaklé*, con un término que también encuentra su raíz en el verbo intransitivo *toj*, es decir, saber, poder, tener conciencia, acordarse. La misma raíz se encuentra en el término *tojéex* [shamán] y *tojis* [poderoso, capaz]. Siempre se emplea con el agregado de un sufijo que indica el sujeto de la acción. Así, *tautó* significa, aproximadamente, "el suyo potente-actuante", y *tautoj* es la forme que corresponde al plural. *Vatautó* es simplemente "el potente-actuante", y *vatautoj* es el plural correspondiente.

6 La transcripción de los términos *nivaklé* que aparecen en la obra de Pagés Larraya presentaban ciertas dificultades en lo atinente a su reproducción; en vista de ello hemos optado por transcribirlos de acuerdo con el alfabeto fonético de Tomasini mencionado en [3].

tual en una oportunidad. Fué indicado por el tojéex Felipe José en un individuo chorote-chulupí, agregado en territorio argentino al grupo de migración chulupí que provenía de las Misiones Católicas de los Oblatos de María Inmaculada del Chaco paraguayo, y que había fallecido según Felipe José por la acción de otro tojéex radicado en la Misión Mennonita de Filadelfia.

El ritual funerario fue dirigido por Narciso, chulupí emigrante de un paraje vecino de Laguna Escalante, en el Chaco paraguayo. (...)

Toda la ceremonia tiene por objeto destruir al tojéex que ha ocasionado la muerte del sujeto.

El rito se llevó a cabo en un espacio claro de un área de desmonte cercana a la toldearía abarigen. Fué llevado allá el cuerpo por un grupo de aproximadamente veinte personas. En ese sitio se encendió una haguera y se cavó la fosa para colocar el cuerpo del muerto. El llanto ritual... estaba a cargo de un conjunto de mujeres... que quedaron en el hute colectivo, donde se había producido el deceso. (...) los gritos se aían como un complemento de las distintas partes del ritual, y no impresionaban tanto como exclamaciones de dolor, sino como conjuros lingüísticamente indescifrables. En torno al fuego se pusieron cuatro palos, simulando flechas; como describe Vervoort este detalle del ritual es de gran importancia, pues es la flecha a la lanza, el instrumento simbólico que ocasionará la muerte del tojéex. (...) La dramatización de estas acciones estuvo a cargo de "el hombre sabio" que dirigía el ritual. Se observaban en él distintas actitudes, carreras en círculo, pequeñas saltas, las que se acompañaban de gritos, lamentos y órdenes a los que oficiaban como ayudantes.

Una mujer "sin familiares" tuvo a su carga calentar una piedra de regular tamaño en el fuego. Otras acompañando sus acciones con llantos y gritos traían plantas espinosas y respandían en coro, a las exclamaciones de Narciso el ordenador de la ceremonia.

En un momento dada,... se produjo una especie de trance colectivo, haciéndose difícil ordenar descriptivamente las acciones individuales. Los hechos más llamativos fueron el corte de un trozo del cuerpo, en nuestro caso del talón del hambre muerto, que fue dada para comer simbólicamente al perro, ya que éste había sido sacrificado previamente y el trozo pequeño del talón se le colocó en la boca.

El cuerpo del muerto fue abierto rápidamente en el abdomen y se introdujo la piedra calentada en el fuego. De inmediata se lo ató en la forma descrita por Vervoort y se arrojaron en la fosa el perro, el polvo de perdiz y el agua hirviendo, tapándolo luego con las plantas espinosas recogidas en el monte y tierra. Luego re-

*gresaron todos los sujetos con rapidez al sitio donde estaba el grupo de participantes en el duelo."*⁷

Desde hace varios años efectuamos regularmente investigaciones etnográficas en las comunidades *nivaklé* meridionales, estas, aquellas cuyos miembros integran, en su conjunto, la parcialidad llamada "*tovók-tavós*" (lit.: "río, sus moradores"), que habita en las proximidades del río Pilcomayo. En el marco general de los estudios relacionados con los conceptos de enfermedad y muerte hemos solicitado a nuestros informantes referencias que permitieran aprehender el sentido de las ceremonias fúnebres presenciadas por Vervoort y Pagés Larraya.

La exposición de los datos que entonces pudimos obtener constituye el objeto de este trabajo.

Fue orientador y guía de nuestro estudio uno de los *tojxés* más prestigiosos de la comunidad *nivaklé* de Laguna Escalante, llamado *Leguán*. Las informaciones que proporcionó fueron traducidas al castellano por Pascual Benítez, joven e ilustrado *Nivaklé* particularmente apegado a las tradiciones de su grupo étnico.

Leguán efectuó una descripción del ceremonial de colocación del *utéx* en el cuerpo de un difunto y de sus consecuencias, fijando al mismo tiempo el íntimo vínculo que posee con las prácticas de los *tojxés*:

"Al tojéex se lo puede matar con el utéx, se le puede decir utenó (Así se llama al shaman que sufre las consecuencias producidas por la piedra introducido en el cuerpo de quien fuera su víctima). Si un tojéex mató a una persona, se lo puede matar quemando la piedra en el fuego; tiene que estar bien caliente, y hay que meterla junto con una flecha cortada en pedacitos en alguna parte de la persona que fue muerta por ese tojéex.

Se mete en el cuerpo de la persona muerta y los brazos y las piernas se atan con un alambre o con una piola. Se corta un pedazo de la persona, se hace un agujero en el cuerpo y ahí se mete la piedra para que mate al tojéex que la enfermó. Algunos también echan al pozo una botella de agua hirviendo, adonde está el muerto, para dañar al tojéex. También se tiran algunos huesos de caballos y de ovejas y se corto un pedacito de la pierna del muerto, y se lo hace cocinar para dárselo a un perro. Cuando la carne está bien cocinada se le da al perro; después también se mata al perro y se lo mete junto al muerto. Todo esto, la piola, el alambre y lo demás que se le pone al muerto, se le va a pasar al tojéex. Se tapa al muerto,

7 Pagés Larraya 1982 [II]: 25-26.

y entonces el tojéex habla cualquier macana, ya está perdido. Han tirado algunos huesos de caballo en la sepultura, y el tojéex ve a los caballos, y los otros no los ven, solamente él los ve. Ya queda perdido; al rato juega como los niños; también ve ovejas, porque habían puesto huesos en la tumba. También ve siempre al perro al que se le dio un pedazo de la carne del muerto, el perro lo quiere morder. Y cuando se le pone la piedra al muerto se oye ruido por adentro del cuerpo, y esos son los vatautój del tojéex. Esa piedra, al entrar, mata primero a los vatautój, por el calor. Después queda solamente el hombre mismo, el tojéex. Entonces el tojéex ya pierde su sentido durante varias semanas, y se lo ve negro, bien negro, bien cocinado, porque los vatautój se queman. El tojéex quiere tomar agua a cada momento, ya está por morir. Toma agua y le sale por el ano, pierde toda el agua y muere. Cuando se entierra al muerto también se tira una flecha por el aire, y ella se va adonde está el tojéex que lo enfermó y lo mató. Lo de la flecha es como una prueba, ahí se sabe quién es el tojéex que mató a esa persona. La flecha que se tira al aire es como una prueba para saber cuál es el tojéex que enfermó a la persona, y la piedra es para matarlo. Al meter la piedra en el cuerpo hay un ruido, a veces son voces de hombre, de los vatautój; la piedra los atraviesa; todos mueren y al final queda el tojéex, se pone bien cocinado; es por la piedra que lo perjudica. Cuando toma agua a cada momento le sale por el ano, al rato se cae y ya muere. Esto es lo último para matar al tojéex. El tojéex al que se le hacen esas cosas se le dice utenó, porque lo mató la piedra, el utéx."

En el relato precedente se encuentra también una discriminación de la función de cada uno de los elementos que integran el ritual del "empedramiento". Las flechas o palillos que se arrojan en dirección a los puntos cardinales tienen por objeto determinar al culpable de la muerte. Tiempo después de efectuada la ceremonia el *utenó* comenzará a presentar ciertos síntomas -sobre todo trastornos de conducta- que reflejan que ha perdido el sentido y se encuentra en un estado próximo a la locura, con lo cual se delatará. Tendrá visiones en las que se le aparecerán, terrificantemente, caballos y ovejas, puesto que en la sepultura de su víctima fueron arrojados huesos de esos animales. El perro que antes de ser sacrificado debió ingerir un trozo de la carne del muerto lo perseguirá para morderlo, el agua hirviente lo quemará y el alambre o la cuerda con que se amarró al cadáver amarrará también al *utenó*. El *utéx* mismo, que según *Leguán* debe introducirse en el cadáver junto con los trozos de una flecha, comienza por dar muerte a los *vatautój* que se encuentran en el interior del cuerpo muerto, lo cual se advierte en determinados sonidos que se escuchan en el interior del mismo, y concluirán por matar al *tojéex* mismo, una vez que, junto con sus auxiliares, ha perdido la potencia que lo distinguía, ha dejado de ser *tojíś*, es decir, *poderoso-sabio-capaz*. Los otros sha

manes lo verán ennegrecido, como consecuencia de la destrucción por el fuego de sus *vatautó*j; asediado por la sed, no podrá retener el agua ingerida, y finalmente morirá.

Leguán suele autodefinirse, enfáticamente, como "*tojéex* bueno", es decir, que sus prácticas tienen por único objeto lograr la cura de aquellas personas que han sido víctimas del actuar de otros *tojéex* mal intencionados, quienes sustraen el *so'k'aklít* -representación anímica correspondiente a la llamada "alma libre"^B- e introducen en su cuerpo un *vatautó* -denominación del así llamado "espíritu auxiliar"-, provocando la enfermedad y la muerte. Habiendo asumido la condición antes indicada, elogió la eficacia del *utéx* como instrumento idóneo para llevar a cabo una suerte de "*vendetta*" *nivaklé*, esto es, una venganza justa, que encuentra su fundamento en una *Lex talionis* no formulada, cuya consecuencia será la muerte del ofensor. El relato de *Leguán* revela al mismo tiempo cierta degradación en lo que se refiere a la eficacia de las prácticas shamánicas en el tiempo actual, circunstancia que se manifiesta en el hecho de que la cantidad de *vatautó*j de que pueden disponer los *tojéex* de hoy es menor que en épocas anteriores o, en otras palabras, en que el grado de potencia que poseen es menor. *Leguán* también explicó que el *tojéex* que ha causado una muerte ha de experimentar, necesariamente, considerable temor ante la posibilidad de que a su víctima le sea colocado el *utéx* y toda la parafernalia conexas que se encuentra descripta en los textos de Vervoort y de Pagés Larraya. Así, en tiempos anteriores, las muertes provocadas por las prácticas numinosas de los *tojéex* eran menos numerosas, según *Leguán*, debido a que una gran cantidad de individuos estaba capacitada para dirigir el ritual del *utéx* cuando tenía lugar un deceso y, por ende, las posibilidades de que el *tojéex* causante de una muerte quedara impune eran menores:

Antes tenían mucho miedo los tojéex, por eso no moría mucho la gente, porque había muchos que sabían ponerle el utéx a un muerto. Entonces los tojéex no hacían tanto daño a la gente. Pero ahora no, a veces matan a una persona y no piensan en sí mismos, porque casi no hay nadie que ayude al muerto. Yo quisiera que se mostrara una vieja o un viejo que sepa hacer eso, que ponga el utéx, para que los tojéex sepan. Me da mucha lástima cuando muere una persona y los demás tojéex se rien de ella. Antes no era así. A veces se mataba a uno, pero había muchas que sabían poner el utéx. Entonces, con ese utéx, también mataban el tojéex. Pero ahora no, los nuevos

B Con el término *sa'k'klít* los *Nivaklé* denominan una representación anímica que constituye la "forma de manifestación extracorporal del ser humano", es decir, el alma libre, según la formulación de Ivar Paulson [vide Paulson, 1958: 266], que se manifiesta a su dueño o a otras personas sobre todo durante ciertos estados, como la experiencia onírica, el desmayo o el trance. Vide también Van der Leeuw, 1964: 279-88.

tojés no tienen miedo, no piensan en sí mismos y en que alguien puede matarlos, o en que alguien pueda ponerle el utéx al que mataron."

En la nosogenia *nivaklé* el *tojéex* desempeña un papel de singular relevancia, como agente causante de la enfermedad y de la muerte. Cuando tiene lugar un deceso, en muchos casos los allegados del muerto simplemente dejan impune al causante; otras veces uno de los deudos del difunto —por lo general un pariente cercano— toma su cargo la tarea de vengar al mismo dando muerte, mediante el empleo de armas de fuego, blancas o de la tradicional maza de guerra, a aquel *tojéex* que, por causas de índole diversa, es considerado culpable por el grupo familiar y los amigos del muerto.

Conocimos el caso de un hombre que por motivos circunstanciales riñó con un *tojéex*. Pocas semanas después, la esposa de ese hombre enfermó y murió. El grupo familiar coincidió en afirmar que el causante del deceso era el *tojéex* que había disputado con el esposo de la occisa. Unos días después, el hombre, munido de un fusil supérstite de la guerra del Chaco, buscó al *tojéex* y lo ejecutó.

En Laguna Escalante residió hasta hace pocos años un *tojéex* que se ocupaba, casi exclusivamente, de curar niños. En una oportunidad en que había fallecido uno de sus pequeños pacientes, los familiares del mismo sindicaron al *tojéex* encargado de curarlo como culpable de haber provocado intencionalmente su deceso, pero no lo revelaron de inmediato. Después de cierto tiempo, el padre del niño muerto pidió al *tojéex* que lo ayudara a cosechar maíz en su chacra. Una vez allí, le enrostró el haber causado la muerte de su hijo y acto seguido le dio muerte a golpes de machete. Cabe agregar a lo expuesto que, en casos como el de referencia, los *Nivaklé* tratan de matar al *tojéex* asesino hiriéndolo en la región abdominal, y fundamentan esa preferencia en el hecho de que así la agonía será más lenta y dolorosa.

La segunda manera de vengarse consiste en colocar en el cuerpo del occiso el *utéx* y los otros elementos que se encuentran mencionados en las descripciones de Vervoort y de Pagés Larraya.

Lequán es *tojéex*, y en consecuencia no está exento del riesgo que implica una acusación de culpabilidad de una muerte por sustracción del *sa'k'aklít* e introducción en el cuerpo de la víctima de un ente demoníaco. Consciente del peligro que su condición —privilegiada en lo que se refiere a su posición en el marco de la estratificación social de los *Nivaklé*— implica, juzgó inadecuada la venganza ejecutada por mano humana, y puso énfasis en señalar la infalibilidad del *utéx* para localizar y dar muerte a un *tojéex* homicida junto con sus *tautój*:

"Cuando se mata a un tojéex con cuchillo, o con fusil, o con escopeta, toda la gente que no es pariente de él se alegra. Se alegra por su muerte, porque lo culpan a él. Aunque no haya sido él, lo culpan, pero su familia también se enoja y quiere matar a la familia del que lo mató. Pero cuando se le pane el utéx, nadie se enoja sino que toda la gente se alegra; también su familia, porque el tojéex a veces también mata a los sobrinos o a otros familiares; por eso, ellos están más conformes con el utéx. Pero con el cuchillo, la familia queda mal. Cuando se mata a un tojéex con cuchillo, la persona misma muere, pero los lautó_j no mueren; entances, si tiene un pariente que también es tojéex, éste les dice a los lautó_j: Bueno, ahara tienen que pagar los que lo mataron; ustedes tienen que cobrar'. Los vatautó_j ya saben quién fue, quién lo hizo sufrir y quién lo hizo desordenar. Los lautó_j se enojan y comen a todos los que mataron al jefe, al tojéex; se enojan los lautó_j hasta terminar a todo la familia del que lo mató. Con el cuchillo muere la persona, pero no los vatautó_j, que entonces no saben adónde ir; no tienen quién los haga trabajar. Pero si viene un pariente del tojéex muerto, y les explica todo, los vatautó_j se enojan y comen a las personas que mataron al tojéex, porque era su jefe. El tojéex no muere cuando se lo mata con cuchillo; muere el hombre mismo, pero los lautó_j no mueren. Entonces viene otro tojéex que les explica lo que se le hizo al jefe; entonces los vatautó_j se enojan y comen a toda la familia del que mató al tojéex; uno por uno los matan."

De lo expuesto hasta aquí pueden extraerse varias conclusiones. Un halo sagrado circunda los fenómenos de la existencia y la muerte aborígen: el cuerpo y el alma pueden ser manejados por las prácticas de los shamanes, y la determinación del causante de la muerte sólo puede ser efectuada con certeza en el marco ceremonial del "empedramiento". Lo mismo vale para el acto de darle muerte. Fuera del mismo, las posibilidades de errar son muy grandes, y la muerte del supuesto culpable provocará, a su vez, la reacción de su grupo familiar, que tratará de vengarlo dando muerte al matador y a la familia de éste. Por otra parte, los vatautó_j del tojéex inculcado no morirán con su cuerpo sino que sobrevivirán, y, contando con la dirección de otro hierofante capacitado, podrán ser ellos quienes ejecuten la tarea de vengar a su antiguo amo.

Como contrapartida, la determinación del culpable llevada a cabo en el marco del ritual de la introducción del utéx en el cuerpo de la víctima, junto con los demás elementos que forman parte del mismo, será infalible, y su consecuencia estará constituida por la muerte de aquél.

Por lo expuesto hasta aquí, el lector podría sentirse inclinado a creer que el ceremonial del "empedramiento" conducirá inexorablemente a la muerte del *tojéex* ofensor. No es así, sin embargo, ya que ciertos shamanes poseen el medio idóneo -constituido por un *vatautó* específico- para contrarrestar los efectos de la quemadura del *utéx* y los de los demás elementos que forman parte del ritual.

En la comunidad *nivaklé* de Laguna Escalante ocurrió, hace algunos años, un episodio que reseñaremos brevemente. Una muchacha enfermó, y al cabo de pocos días falleció. Entre los parientes cercanos de la muerta se encontraba un afamado *tojéex* cuyo nombre castellano era Armando. Durante el entierro fue realizado el ritual de la introducción del *utéx* en el cuerpo de la occisa, y cuando fueron arrojados los palillos que debían indicar la dirección en que se hallaba el culpable, uno de ellos se clavó en el suelo en las cercanías de Armando, quien se hallaba entre los dolientes. Nadie creyó en la culpabilidad del señalado y, en consecuencia, los palillos fueron arrojados nuevamente; otra vez uno cayó a los pies de aquél, quien tiempo después comenzó a manifestar síntomas que revelaban graves trastornos, incluyendo gritos desgarradores y gestos que trasuntaban terror, como si se encontrara ante imágenes terrificantes, con lo cual se tuvo la certeza de que, efectivamente, había sido el causante de la muerte de la muchacha.

En relación con el caso en cuestión, nos fue explicado que el granizo, cuya designación en lengua *nivaklé* es *xaklatú*, tiene -al igual que la mayoría de los entes de este mundo- su correlato shamánico. Tal es el *xaklatutáx*⁹, el cual consiste en un granizo visible sólo por los *tojés* a través de las experiencias metaempíricas que tienen lugar en el trance o en el sueño, de acuerdo con la concepción *nivaklé* que reposa en un dualismo fundamentador en virtud del cual, según la formulación de Adolf Ellegar Jensen, "los fenómenos de este mundo, que se observan en hechos aprehensibles, se interpretan como acontecimientos paralelos de procesos espirituales que sólo se pueden experimentar de modo especial"¹⁰.

9 En este caso, el granizo sólo accesible a través de las experiencias metaempíricas de los shamanes, que tienen lugar durante el trance y la experiencia onírica, se define agregando al nombre del granizo "común" (*xaklatú*) el sufijo formativo de sustantivos con un sentido análogo *tax*, de modo que *xaklatutáx* podría traducirse como "semejante a granizo", "parecido a granizo". Casi todos los paralelos de los entes propios de este mundo que solamente son accesibles a los shamanes se definen del mismo modo. Asimismo se procede con ciertos animales, grupos étnicos, etc. Los vecinos meridionales de los *Nivaklé*, los *Pilagá*, son llamados *xučinxás* por equívoco; los *Toba* que habitan aguas arriba del *Pilcomayo*, *xučinxatás* [*tax*: plural; sing.: *tax*]. La iguana es denominada *atú*, y el caimán, que se define por su semejanza con aquélla, recibe, consecuentemente, la denominación de *atutáx*.

10 Jensen, 1988: 262.

Según el testimonio de *Leguán*, los primeros shamanes que tuvieron a modo de auxiliar al *xaklatutáx* fueron los *natokojíč* -tal es la designación *nivaklé* de los Toba-. En una oportunidad, un shamán *tavöataj* -así llaman los *Nivaklé* a los *Makká*- llamado *Saklaklakó*, quien había causado una muerte, fue víctima del *utéx*, es decir, fue *utinó* -así se llama al *tojéex* perseguido por la piedra-

En esa oportunidad, *Saklaklakó* recurrió a la ayuda de un shamán toba que tenía el *xaklatutáx* como auxiliar. El hierofante hizo que el granizo cayera sobre el *utéx* que destruía el interior de *Saklaklakó* y que lo apagara, y de ese modo pudo salvarlo; posteriormente le entregó también el *xaklatutáx* para que el sirviera de auxiliar.

Saklaklakó llegó a Laguna Escalante justamente cuando Armando era víctima del *utéx* que había sido introducido en el cuerpo de su joven parienta fallecida -su víctima- y se dispuso a curarlo. Hizo que el *xaklatutáx* cayera sobre el *utéx* que destrozaba al *utenó* hasta apagarlo. Una vez logrado su objetivo, se retiró del lugar. En esa oportunidad, en opinión de *Leguán*, *Saklaklakó* había cometido, sin embargo, un error que costaría la vida de Armando. Poco tiempo después de la partida de aquél, el *utenó* volvió a dar muestras de ser perseguido por el *utéx*. Ello era debido a que al apagar el *utéx* mediante el *xaklatutáx*, se había desprendido un trocito de aquél, que siguió ardiendo y más tarde volvió a mortificar a Armando, quemándolo hasta darle muerte.

En la descripción de Vervoort transcripta al comienzo se menciona la circunstancia de que en ciertos casos un *tojéex* puede llevar a cabo sus prácticas acompañado por otros *tojés* de menor fama -o dotados de un grado inferior de potencia- quienes frecuentemente se han capacitado bajo la dirección de aquél y poseen los mismos "espíritus auxiliares" y en tales casos se desempeñan como sus acompañantes o ayudantes. *Tiové* es un *tojéex* de poca monta, que otrora ejecutó parte de sus prácticas en condición de acompañante de Armando. Según *Leguán*, la acción del *utéx* no se limita sólo al responsable directo de una muerte, sino que se hace extensiva a los *tojés* que integran el mismo cenáculo de hierofantes, por lo que parece lícito pensar en una comunidad de potencia de la que participan varios *tojés*, es decir, uno que ha iniciado a otros, y quienes han pasado por el proceso de capacitación bajo la dirección del mismo.

Retomando nuestra crónica diremos que en la oportunidad antedicha, una vez producido el deceso de Armando, el *utéx* emprendió la persecución de *Tiové*, quien estaba al borde de la muerte cuando retornó *Saklaklakó*, que realizó los rituales shamánicos para la curación del *utenó* con un marcado éxito, pues *Tiové* se curó y hasta hoy vive en Laguna Escalante.

Leguán también efectuó un análisis de los distintos elementos que entran en juego cuando se "empiedra" a un *tojéex*, el que es

llamado *utenó* -como ya hemos dicho-, término que podría traducirse como "empedrado". Entre los *vatautój* de un *tojéex*, ocupa un lugar principal el así llamado *kuvajučá*, un caballo visible solamente a aquél y sus pares, que es utilizado por su dueño para desplazarse durante los viajes que emprende durante el trance y la experiencia onírica. El *utéx* también se desplaza sobre un *kuvajučá* pequeño y de color rojo que está dotado de voluntad y persigue, seguido por el perro sacrificado, al *kuvajučá* del *tojéex utenó*, es decir, del "shamán empedrado". El *utéx* mismo, según Leguán, carece de intencionalidad, aunque posee brazos para aferrar las riendas del rojo *kuvajučá* que monta. El *utéx* se limita a quemar una vez que el corcel ha dado alcance al corcel del "empedrado". Al llegar ese momento, el *utéx* penetra en el orificio anal del *kuvajučá* del *tojéex*: dándole muerte, y muriendo entonces también el *tojéex* mismo.¹¹.

La única terapia efectiva para contrarrestar al *utéx* está constituido por el *xaklatutáx* a que hicimos referencia. En caso de que un *tojéex* advierta que ha sido alcanzado por el *utéx*, el perro, las flechas, el agua caliente, etc., deberá recurrir a la ayuda de otro *tojéex* que posea como *vatautó* al *xaklatutáx*, quien hará que el mismo se desplome sobre el *utéx*, el perro y los otros elementos conexos, neutralizando su efecto.

La ceremonia fúnebre descrita puede designarse como "empedramiento" en la medida en que la piedra que se introduce en el cuerpo de un occiso parece constituir el elemento de mayor relevancia dentro del conjunto, y todo el ritual es definido a través de ella.

El "empedramiento" no se lleva a cabo frecuentemente, sino sólo cuando su ejecución es indicada por un shamán de reconocido prestigio, poseedor de los poderes necesarios para individualizar al culpable.

La potencia del *utéx* y de los demás elementos con que se mortifica al cuerpo muerto se descargará sobre el *tojéex* que ha provocado el deceso mediante la sustracción del *sa'k'aklít* de su

¹¹ Uno de los informantes de Pagés Larraya discriminó la función de cada uno de los elementos empleados en la ceremonia del "empedramiento":

"De esas flechas será efectiva aquella que esté orientada hacia el sitio en que se oculta el chamán culpable. Los demás elementos rituales que integran las sucesivas acciones sagradas son los siguientes: el polvo de una perdiz de campo que dará velocidad a la flecha; un perro que encontrará el *sa'k'aklít*, el alma del muerto en posesión del otro chamán; la piedra caliente y el agua hirviendo que destruirán las hierofanías chamánicas en el cuerpo del muerto y en el universo sagrado del chamán enemigo; y la flecha que será la destinada a darle muerte." (Pagés Larraya, 1982 (II): 26).

víctima y la introducción en su cuerpo de un *vatautó* (espíritu auxiliar), *sičée* de morfología y función específicas. Con la palabra *sičée* se denomina al principal *daimon* conocido por los *Nivaklé*, cuya descripción fuera realizada de esta manera por Vervoort: "Existe un espíritu malo, el *Zitschee*, muerde a los hombres, o penetra en ellos y se encuentra en la parte enferma. Y si el hombre muere, es porque el *Zitschee* lo mató. (...) ¿Qué aspecto tiene el *Zitschee*? Tiene muchas figuras y ninguno; nadie, fuero del *Tojeex*, lo ha visto (...). De modo que *Zitschee* es todo lo extraño que ven. (...) *Zitschee* hay muchos: *Zitschee-tata*, *Zitschee-mimi*, *Zitschee-laos*, padre, madre e hijos. Siempre nacen nuevos *Zitschee*. El *Zitschee* es malo, sui. Si una enfermedad es leve, el individuo se cura solo; si es grave, interviene el brujo. (...) el brujo puede curar y también enfermar, enviando al *Zitschee*"¹².

Todo el ceremonial organizado en torno al *utêx* encuentra su fundamento en ciertos elementos de la religiosidad *nivaklé* que son propios del ámbito del shamanismo. Prácticamente todos los entes a los que tiene acceso el hombre común, el *nivaklé otešo* -quien no posee ningún tipo de potencia que le sea propia como sujeto- tienen su correlato metaempírico, sólo accesible a los *tojxés* durante las experiencias vividas en el trance y en el sueño.

En el centro de las prácticas shamánicas en general, y en el de la ceremonia fúnebre descrita en particular, se encuentra la idea de la lucha¹³ y del enfrentamiento de dos potencias contrarias, representadas, en este caso, por un *tojéex* -junto con sus *toutój-* que ha provocado la muerte de una persona, y otro que toma a su cargo la tarea de vengarla. Al mismo tiempo nos encontramos ante una manifestación del principio del contrapaso -es decir, una noción jurídica-, que se expresa en una venganza justa, cuya consecuencia será la muerte del primero -y/o de otros *tojxés* que integren el mismo cenáculo de hierofantes- en cuyas prácticas numinosas se encuentra la causa del deceso de la víctima.

¹² Vervoort, 1932: 279.

¹³ Cf. Jansen, 1966: 263.

BIBLIOGRAFIA

BAUMANN, Herrmann: Nyama, die Rachemacht. Über einige manaartige Vorstellungen in Afrika. PAIDEUMA, Band XV, Bamberg, 1950: 191-230.

BORMIDA, Marcelo: Cómo una cultura arcaica concibe su propio mundo. SCRIPTA ETHNOLOGICA, Tomo VIII, Buenos Aires, 1984.

CHASE SARDI, Miguel: El concepto nivaklé del alma. SUPLEMENTO ANTROPOLOGICO. Centro de Estudios Antropológicos. Universidad Católica. Asunción, Vol. V, N° 1-2, 1970: 201-38.

CHASE SARDI, Miguel: La concepción nivaklé del mundo. SUPLEMENTO ANTROPOLOGICO. Centro de Estudios Antropológicos. Universidad Católica. Asunción, Vol. V, N° 1-2, 1970: 121-31.

ELIADE, MIRCEA: Le chamanisme et les techniques archaïques de l'extase. Payot, Paris, 1978.

— Tratado de Historia de las Religiones. Ed. ERA, México, 1972.

JENSEN, Adolf Ellegard: Mito y culto entre pueblos primitivos. Fondo de Cultura Económica. México, 1966.

KELSEN, Hans: Sociedad y Naturaleza. Ed. Di Palma. Buenos Aires, 1945.

LEEUW, Gerardus van der: Fenomenología de la Religión. Fondo de Cultura Económica. México, 1964.

LEVY-BRUHL, Lucien: La mentalidad primitiva. Ed. La Pléyade. Buenos Aires, 1972.

PAGES LARRAYA, Fernando: Lo irracional en la cultura. 4 volúmenes. FECIC. Buenos Aires, 1982. Vol. II.

PAULSON, Ivar: Die primitiven Seelenvorstellungen der nordeurasischen Völker. Eine religionsethnographische und religionsphänomenologische Untersuchung. The Ethnographical Museum of Sweden, Stockholm (Statens Etnografiska Museum) Monograph Series - Publication N° 5. Stockholm, 1958.

SEELWISCHE, José: Diccionario Nivaclé-Castellano. Mariscal Estigarribia, Chaco, 1980.

TOMASINI, Alfredo: Contribución al estudio de los indios Nivaklé (Chulupí) del Chaco Boreal: SCRIPTA ETHNOLOGICA. N° 5, P. 2. Buenos Aires, 1978/9: 77-92.

VERVOORT, Walter: Über Geisterglaube und Totengebräuche der Chulupí-Indianer im bolivianischen Chaco. ANTHROPOS, Band XXVII, Wien, 1932: 279-83.

— Ethnographische Notizen von den Chulupí-Indianern im bolivianischen Chaco. ANTHROPOS, Band XXX, Wien, 1935: 225-7.